

*decimienta a Origenes*, que el A., siguiendo a la mayor parte de los estudiosos, incluye entre las obras de San Gregorio Taumaturgo, pero no se le escapa, y lo advierte debidamente (p. 237s.), que la autenticidad de dicha obra no es admitida por todos los críticos modernos.

El volumen se abre con un *Conspectus materiae* en el que se señalan los números marginales en los que está dividido cada autor, con sus escritos correspondientes. Estas primeras páginas son de gran utilidad para el lector que desee buscar un autor determinado. Para este número-clave, Geerard sigue el orden cronológico más aceptado por los patrólogos modernos. Relacionado con ese «conspectus materiae» —y es lástima que únicamente haya sido incluido en forma de hoja separada—, se adjunta un «Index nominum», en el que aparecen, por orden alfabético, los nombres de todos los autores antenicanos, de cuyas obras se presentan las versiones y ediciones elaboradas hasta la fecha, es decir, hasta 1983. Al «conspectus materiae» sigue el apartado *Sigla et libri saepius adhibiti*, en el que se recogen aquellas publicaciones más importantes que tienen alguna relación con la Patrología y la Patrística, y que sirvieron de obra de consulta en la elaboración del presente trabajo. También en este punto hay que señalar el acierto selectivo del A.

En suma, se trata de un instrumento de trabajo imprescindible para todo aquel que pretenda adentrarse, con el rigor que exige la verdadera investigación científica, en el campo de la patrología oriental de los tres primeros siglos cristianos.

MARCELO MERINO

Vittorino GROSSI-Angelo Di BERARDINO, *La Chiesa antica: ecclesiologia e istituzione*, Ed. Borla, Roma, 1984, 303 pp., 12,5 x 21.

La colección «Cultura cristiana antica» de textos y estudios nos ofrece la presente obra de los profesores Grossi y Di Berardino del Pontificio Instituto 'Augustinianum' de Roma.

El volumen que nos ocupa consta de dos partes bien diferenciadas. La primera, dedicada a la eclesiología, está redactada por el profesor Grossi. La segunda se centra en las instituciones eclesiásticas y ha sido escrita por A. Di Berardino, excepto el último capítulo, consagrado a la liturgia, que se debe a la pluma de V. Grossi. En el primer capítulo de la primera parte se estudia el desarrollo inicial del pensamiento cristiano, fuertemente marcado por la tensión ortodoxia-heresías, la fijación del canon de la Escritura y el papel de los obispos en la Iglesia primitiva con especial mención del obispo de Roma. El segundo capítulo se destina a poner de relieve la autocomprensión de la Iglesia, subrayando las notas de apostolicidad, veracidad y santidad de la Iglesia. El tercer capítulo nos presenta los inicios de la reflexión teológica que se polariza, sobre todo, en los siglos II y III a través de San Ireneo, San Justino y Tertuliano.

En la segunda parte encontramos un primer capítulo dedicado a la

iniciación cristiana en sus distintas fases: catecumenado, ritos prebautismales y colación de los tres sacramentos: bautismo, confirmación y eucaristía. El segundo está orientado a presentar los ministerios eclesiales poniendo especial énfasis en el *status* de los clérigos dentro de la Iglesia. El tercero se centra en el *rol* de la jerarquía como integradora de la *auctoritas* y de la comunión eclesial. El capítulo cuarto nos ofrece una visión de los orígenes del monacato, tanto en oriente, como en occidente. El quinto viene destinado a examinar la postura de la Iglesia primitiva sobre el pecador y la penitencia. El sexto se dedica a los aspectos económicos y sociales de las primeras comunidades cristianas. El matrimonio y la familia constituyen la línea argumental del séptimo capítulo; así como la liturgia es la temática del octavo. A continuación se hace un elenco, por orden alfabético, de los grupos heterodoxos que surgieron en el cristianismo antiguo. Al final de cada capítulo se suele incluir una selecta bibliografía para orientación del lector interesado. El libro ofrece también unos buenos índices: bíblico, onomástico, de cosas más importantes y, por último, uno de carácter general.

Nos encontramos ante una obra sintetizadora de una abundante documentación y de una serie de estudios renovadores sobre la eclesiología de la Iglesia primitiva. Esta tarea no ha sido fácil y ha supuesto, sin duda, un gran esfuerzo para los autores.

Como sucede frecuentemente en obras como la que comentamos se pueden detectar ciertas diferencias en el tratamiento de algunos temas, que dan como resultado una mayor o menor elaboración según los casos. A nosotros nos parece digna de destacarse la excelente caracterización que se hace del gnosticismo. El encuentro entre el cristianismo y la cultura helenista provocó entre los cristianos una crisis profunda. En esta línea se pueden traer a colación los interrogantes de Tertuliano cuando escribía: «¿Qué hay de común entre Atenas y Jerusalén? ¿Entre la Academia y la Iglesia? ¿Entre los herejes y los cristianos?» (*De praescriptione*, 7, 9). La solución a este enfrentamiento se decantará en dos actitudes: o bien se caerá en un sincretismo gnóstico, o bien se formulará una asimilación ortodoxa de la cultura antigua prevaleciendo la fe sobre cualquier otra valoración humana. Ha sido mérito del profesor Grossi el haber sabido presentar estas posiciones con una buena dosis de dialéctica que hacen más atractiva la lectura de las páginas consagradas a las relaciones entre ortodoxia y herejías gnósticas.

También nos ha gustado el enfoque que hace Di Berardino de la «koinonía», como realidad vivificadora de las relaciones intraeclesiales. Con acierto se analiza el entronque de la «koinonía» con la primera predicación apostólica. La Iglesia —desde esta perspectiva— se nos aparece como un conjunto de personas creyentes que tienen una 'comunión' de vida con Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo y que se proyecta también entre los mismos cristianos (cfr. I Cor 1,9; 10,16; II Cor 13,13; 1 Jn 1,3). «Per gli antichi cristiani —escribe Di Berardino refiriéndose a la 'koinonía'— il termine non ha solo valore affettivo e di amicizia, ma anche e soprattutto valore vincolante e giuridico sia nella coscienza individuale e perciò sacramentale (foro interno), che nei rapporti con gli altri (foro esterno)» (p. 130).

Consideramos de gran interés esa profundización que se hace de la «koinonía», por cuanto representa una clave fundamental para el entendimiento de la Iglesia primitiva, e incluso, si se nos apura, diríamos que tiene validez para la Iglesia de todos los tiempos.

Hubiéramos deseado una mayor clarificación en las afirmaciones que se hacen sobre los orígenes del monacato (pp. 160 y ss.), aunque reconocemos las dificultades que supone este esfuerzo clarificador. En este sentido apuntamos una breve sugerencia. Cuando se habla del monacato en la Península Ibérica (p. 172) se podría hacer una referencia —aunque fuera en nota a pie de página— a S. Fructuoso de Braga, que tuvo una destacadísima actuación en el desarrollo del monacato en la comarca del Bierzo.

En síntesis podemos decir que el presente volumen cumple sobradamente los objetivos propuestos por sus autores y le auguramos una buena acogida por parte de los estudiosos de la antigüedad cristiana.

DOMINGO RAMOS-LISSÓN

ORIGÈNE, *Homélie sur le Lévitique*, tomes I-II, texte latin, introduction, traduction et notes par Marcel BORRET, Paris, Cerf («Sources Chrétiennes», n.º 286 y 287), 1981, 374 y 379 pp., 12,5 x 19,5.

De todos es conocida la importante tarea exegética del gran maestro alejandrino. Efectivamente, entre su inmensa producción literaria, merecen un capítulo aparte sus obras exegéticas: escolios, homilias y comentarios. Los volúmenes que ahora presentamos se refieren a las segundas, es decir, a las homilias o sermones que pronunció Orígenes con ocasión de diversas reuniones litúrgicas. A las que aquí nos vamos a referir tienen como centro de análisis el Levítico y fueron pronunciadas en Cesarea de Palestina.

La primera edición de estas homilias salió a la luz en el año 1920. Baehrens fue el encargado de estudiar críticamente la traducción latina que Rufino había realizado sobre el original griego [cfr. «GCS» 29 (1920)]. También Courcelle, años más tarde, fijó su atención en algunos fragmentos de estas homilias (cfr. *Fragments patristiques de Fleury-sur-Loire*, en *Mélanges Grat*, vol. II, Paris 1949, pp. 145-157). De todas formas, el estudio que nos presenta Borret, en la presente edición, marca sin duda un paso importante en la transmisión de la obra exegética del maestro alejandrino concerniente al Levítico.

Como el mismo Borret afirma, no es precisamente el Levítico el libro veterotestamentario más estudiado, y parece ser que es el menos atractivo para los especialistas, tanto antiguos como modernos. Si nos atenemos al Pentateuco, los libros del Génesis y del Exodo son los que se han ganado las preferencias de los investigadores. También Números, aunque en menor medida. En un último lugar, casi imperceptible, aparece el Levítico. Las razones de este escaso interés son múltiples y variadas, pero podrían señalarse las siguientes: poca relevancia histórica, profética